

Servicios públicos y vicios privados

EN los últimos años hemos asistido a una proliferación de violaciones sádicas de la intimidad de algunos personajes públicos. Su fin no es la veracidad sino el escarnio y el estigma. Su medio no es la información sino el espectáculo. Su intención no es el servicio público sino la extorsión y el capital. En nuestra memoria hay datos como los vídeos de Ramírez, los informes de Garzón o Liaño. Pero también colabora el espectáculo pornográfico presente en programas como «Tómbola», «Qué me dices», «Marcianos» y extintos «Pelicanos», o prensa amarilla como «El Siglo», «Época», «Diario 16» o «Ya». Y en general es cómplice de ese encrudecimiento el nuevo periodismo agresivo sobre el que ya escribimos un editorial en este mismo año.

Con ocasión del vídeo-trampa en que parece que cayó el Director del diario «El Mundo», surge de nuevo un debate que hace poco fue muy vivo con motivo de la muerte de Diana Spencer y que presenta un dilema clásico: libertad de información y derecho de intimidad privada. Ofrecemos unas reflexiones sobre la manera de informar acerca de las figuras públicas. Tanto servidores públicos como personajes de la farándula están siendo

cada vez más objeto de un mismo tipo de tratamiento mediático.

En el caso del vídeo-trampa, tenemos que condenar la indignidad y mala intención de los medios utilizados, resultado claramente de una conspiración. Es mucho más reprobable el modo de grabar y distribuir los materiales, que los mismos contenidos que se exponen. La sospecha de tal conspiración se extiende a todos los beneficiados.

Desde los encausados en el caso GAL (familiares de uno de ellos llevaron copias del vídeo a las Universidades) hasta cargos políticos de un partido que de forma pública han mostrado el vídeo en alguna diputación a los funcionarios que lo desearan.

Estos extremos de operaciones de destrucción de la imagen pública tienen un cierto grado de aceptación en nuestro país por dos razones. Primero, por la exasperación de la batalla política y económica entre los dos principales partidos y medios de comunicación. Segundo, por la cultura de información sobre los hombres públicos.

1. Hombres públicos, hombres enteros

EN aquellas personas que asumen una posición de representación o liderazgo público es frecuente la tensión entre su vida privada y la pública, y no son infrecuentes las incoherencias. Esta gente vive con más fuerza la esquizofrenia social de dos personalidades ya que se ven obligados a ofrecer como producto su propia persona. Deben aparentar dignidad y honorabilidad en lo personal para poder desempeñar la función pública. Esto esconde una trampa: hay una cultura tendente a despreciar todo lo que sea fracaso, pobreza, dudas, enfermedad, etc. Ante una sociedad tan tiránica con nuestra imagen personal, los personajes se ven coaccionados a falsear su imagen para no verse

perjudicados. Y en ocasiones se divorcia absolutamente el comportamiento privado y el público.

No se acepta socialmente ni tampoco es bueno el aislamiento pleno de lo privado. Los hombres tienen que mostrarse íntegros en su vida. Es falsa esa división que se establece con lo público ya que el hombre es un ser total. Aunque sea oculta o perversa, hay una coherencia entre todas sus acciones. Los vicios y las virtudes privadas influyen necesariamente sobre la calidad de presencia en cualquier lugar. Una persona, dependiendo del estado de su vida personal, ejercerá su función con una u otra calidad. Es razonable que el público quiera recibir signos de la coherencia de alguien. Esta demanda se constata en las escuelas, en las empresas o entre amigos. Con mayor razón en la esfera de lo público. En la vida privada de los hombres públicos se pueden encontrar muchas veces las razones de sus acciones.

UNA cuestión crucial es qué circunstancias privadas creemos que son relevantes para el ejercicio de lo público. Las sensibilidades a la hora de evaluar a alguien son diferentes. La sociedad anglosajona ha escudriñado hasta la obsesión las pautas sexuales y familiares de sus prohombres. En los países latinos ese factor parece que no es tan importante y se juzga aquel mundo como puritano. A pesar de eso, hay rumores que de forma increíble atraviesan toda la sociedad respecto a las orientaciones sexuales, la vida marital o las relaciones amorosas de figuras políticas destacadas y representativas. Lo cual nos indica que no es un factor tan ajeno a la hora de ser valorado. O así lo han entendido quienes han grabado y difundido el vídeo sobre Ramírez.

Ciertamente, la dignidad en la familia y la lealtad en las relaciones con las personas, en un hombre público, como en cualquiera, son cuestiones muy relevantes. Los criterios para ver si algo es pertinente o no dependerán

de la moral de cada sector del público. Pero hay algunos asuntos que son universales y requeribles a todos: la veracidad, la defensa de los Derechos Humanos, el respeto a la legalidad, la mentalidad demócrata, la calidad humana y psicológica. Esta exigencia debe ser limitada continuamente ya que se produce una tensión entre lo que podemos exigir a un hombre público y lo que es común en nuestra sociedad: no es razonable pedir líderes muy distintos a lo que el general de la sociedad practica. La moralización no afecta sólo a las figuras populares sino a todos, porque, si no, se cae en una hipocresía frecuente. Como democracia todavía tenemos que madurar e ir incorporando calidades mayores que el estilo actual. Por ejemplo, la coherencia del propio estilo de vida con el programa que se defiende en público desde un partido, sindicato, periódico o manifestación artística.

LAS figuras públicas, sobre todo aquellas que concentran decisiones de gobierno, son objeto de suspicacias continuas por la justa sospecha general ante el poder. Hay un déficit de legitimidad de los poderosos. Éstos deben esforzarse en ganar credibilidad a fuerza de dar razones de coherencia. Además de sus muestras voluntarias, la legal y digna publicidad sobre sus acciones privadas es una garantía legítima de los procesos democráticos.

Ante esa demanda, los poderosos que necesitan una imagen pública, frecuentemente invierten en simular una vida privada idealizada. Así, se exhiben haciendo deportes, con refinados gustos culturales, con una familia ideal, siempre brillantes y felices, ligados a su terruño natal, etc. Es uno de los recursos políticos más importantes: un buen diseño de imagen que, normalmente, es inventada. Ante esa continua manipulación, se necesitan personas que criben esas imágenes para distinguir lo falso de lo verdadero. Ésta es una de las funciones de los periodistas al investigar sobre la vida privada.

Esa investigación no es fácil ya que normalmente el enredo es el aspecto de la información que va surgiendo. Primero, alguien la pone en circulación como rumor y luego, algunas veces, llegan las pruebas. Este campo de información sobre lo privado se caracteriza por la confusión. Los materiales están en el pozo de los mentideros a donde fluyen comentarios de todo tipo y donde rige la ley del «tanto sabes, tanto vales». En esas tertulias y teléfonos se escucha de todo y la verdad tiene la misma apariencia que la mentira. El periodista no es cualquiera que logra captar alguno de esos informes, sino el que aplica profesionalmente un método de discernimiento que los verifique.

El periodista tiene también la misión de ayudar a cribar todos los poderes sin exclusión, porque si no lo hiciera, gran parte de su labor queda deslegitimada. Pero por desgracia no suele suceder así. Llama la atención lo demasiado que conocemos sobre algunos seres frívolos y la ignorancia sobre la vida de muchos de los que realmente deciden como banqueros, industriales, mandatarios internacionales, etc. Generalmente esa impunidad se debe al miedo de los periodistas. Sería cuestión de reflexionar si todo ese destejer y remendar sobre seres insustanciales no es una sublimación de la falta de aquella transparencia que no se hace sobre los grandes poderosos.

2. Hombres públicos, carne de cañón

LO que no hay que olvidar es que esa criba o verificación de la imagen pública se hace desde un proyecto moral que intenta buscar que esa persona es razonablemente coherente con los principios que defiende y que en sus argumentos públicos no se esconden extraños beneficios privados. Pero esa moralidad del periodista se disuelve y eso quita capacidad a su función social. A lo privado algunos no le dan un tratamiento meramente

informativo sino que es presentado como espectáculo. El modelo espectacular afecta a la televisión de forma desmedida y también a la radio, prensa escrita, el ensayo, etc. El formato más usual de hacerlo llamativo es el escarnio, que es un ejercicio de sadismo, no sólo un estilo ligero y gracioso de revisar a un personaje.

La vida de las personas es tratada con el mayor desprecio, con tal de ganar tiempos de atención de parte de los espectadores. Con la mayor impunidad, el locutor deja a las personas vendidas por treinta monedas, treinta risas o treinta centésimas de audiencia. Es una máquina que cada vez pide más porque el espectáculo consiste precisamente en la superación del asombro y eso se consigue con mayores niveles de riesgo. Todo acompañado de un protocolo que, tras destruir el honor de alguien, intenta guardarse las espaldas diciendo que son «muy amigos», que «le quieren mucho» o «le envían un cordial saludo» y «desean todo lo mejor».

El sadismo con que nos recreamos sobre las figuras de la farándula y el protagonismo que le damos es un peligro. Las audiencias han probado el sabor de la carnaza y eso deforma sus gustos. Si se ha justificado ese maltrato y su disfrute, aunque sea a personajes que se enriquecen con ello, puede que esa experiencia de permisividad se aplique a otros gremios que sean objeto de curiosidad.

3. Que cada ciudadano sea un hombre público

UNA pregunta que nos hacemos es cómo desactivar el efecto de esas campañas. La primera solución es previa: si no hay vicios no hay vídeos. Esto alude a la calidad de nuestros hombres públicos y sobre todo a nuestro trabajo para lograr verdadera calidad de los hombres del futuro. La nula o precaria socialización socio-política de nuestros niños y jóvenes es una carencia

que empuja el futuro al riesgo de una mayor degradación en esa calidad. En esto todas las agencias civiles en que toman parte jóvenes tienen una responsabilidad.

OTRA solución va por la gestión de la información por parte de los protagonistas. Algunos campos profesionales y sociales se mueven en el oscurantismo. Ante el revoltijo es necesario establecer cauces como ruedas de prensa para dar razones ante las inquietudes de los ciudadanos. Esto es aplicable a jueces, medios de comunicación, empresarios, etc.

Una tercera vía va por la moral pública. No hay ley capaz de sancionar lo que una moral civil no practica. Siempre habrá tenderos de la carnaza. La cuestión es si hay quien compre. Debemos ejercer como personas con sensibilidad para escandalizarse y encauzar racional y eficazmente ese desacuerdo. Esta forma de proceder no puede darnos lo mismo o sernos indiferente. Es necesario que ese sentimiento bueno de repugnancia de fondo en el espectador se traduzca en acciones concretas de sanción al medio o al periodista que da la noticia y, más al fondo, a quien tiene el poder editor o financiero de ese medio. Tenemos que acostumbrarnos a preguntar: «¿quién paga a éste que informa así?». El ciudadano tiene que tomar medidas concretas para ser un agente activo en la esfera pública, para seleccionar las informaciones y los modos. Si no es así, quizás algún día nos encontremos las cámaras en nuestro salón y sólo podremos poner la sonrisa del pelicano.